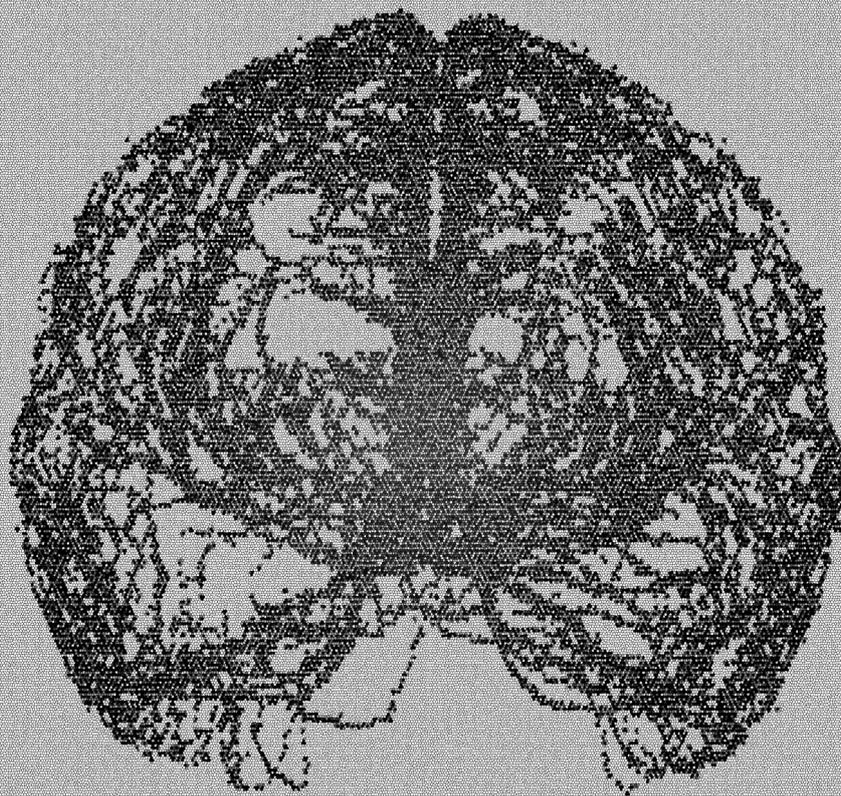


DESMEMORIA

Juako Escaso



DESMEMORIA

JUAKO ESCASO

www.juakoescaso.com

«El tiempo es el ácido
que disuelve biografías»

F. Umbral

DESANDO EL PASO HACIA EL REENCUENTRO.
Nadie hay, tu fantasma es quien espera
en el camino de regreso.

Mi respiración es negra como el humo
de estas calles y estos nichos
donde se alojan cadáveres pacientes. Tú

regresas a la distancia, me regalas
palabras lejanas, deshaces como lluvia
sobre el barro el mundo ya deshecho.

La tarde se enrosca en el hueco
de mi piel y tu recuerdo es elástico
como arrebato indomable.

Por tu hojarasca señalizó un sendero
que se borra tras mis pasos;
en cada soplo de aire tu rostro
se compone en figuras sin nombre.

Cada minuto renazco al mundo.
Mi noche sabe a muerte. El sueño
es la manera cruel que tienes de quedarte.

EL ALBA EN DESBANDADA ME EMPUJA
a tu arrecife, mar salvaje:
regresa a tu distancia, borra
todo rastro y llévate este humo
o esta niebla;
déjame sin memoria en el camino,
que yo caminaré hacia el atardecer
sin nombres ni preguntas.

MI AMOR TIENE RESQUICIOS
más estrechos que tus ojos,
pero tus ojos son cuchilladas de luz:

los rincones más oscuros iluminan.

REVÉS DEL SILENCIO
tejido frío de las venas
donde habita
la cara exterior del ruido:
gesto y furia de mi aliento.

Arranco mi raíz, me expulso
de mi cuerpo convertido
a la voz de la rabia y la noche
y me rebelo, me hago carne,
forma pura de violencia.

No callo y tampoco hablo,
me equilibro en la intención
del grito: no soporto mi voz
ni mi silencio.

Para B.

CUALQUIER TRIGO
gestó su pan en el silencio.

Fuimos abundantes
atravesando el destello.

Fuimos sol en el hambre.

Nuestra sed era roja, eso lo sé.
Y sé que se nos pudre
esa cosecha.

El recuerdo insatisface
como un dios,
como pan ácimo y diario.

CUTÁNEO Y SOLUBLE
tu conjuro,
difícil su paladeo
en tardes
de islas prematuras.

Rabiosa en la carne
tu carcoma,
amarga y audaz
en el trazo de tus márgenes.

Hay relámpagos en el interior
de las sombras,
luminiscencia en las bocas,
diversas podredumbres.

Hay un dolor caliente
y confortable
donde perseveran las pérdidas.

No apures más ese cáliz
ni esa forma inexistente:
la presencia que percibes
es tu mueca en el silencio.

EL CAMPO SE DESANGRA
en amapolas de una primavera
que florece muerta
bajo la brisa caliente y estéril.

El mineral reluce
en la tierra calorífica: define
a un tiempo la sed
y su espejismo.

Los hocicos atraviesan el aire
y muerden el aire, su lengua
es un temblor frenético;

bajo esos dientes,
mi cadáver y mi sombra
disputan su jerarquía.

PROCEDENCIA DE ESTA LUZ,
brutal eclipse: retorno de las formas
a la piel de la serpiente.

El repliegue se hace burla
en la incapacidad
y traza el garabato de mis noches
allá donde la duda se vuelve
equidistancia:
en el centro de todo y nada.

El regreso es un colmillo
que amenaza,
no es un dogma: el futuro duele
como el mordisco
que aún no he recibido.

Quien regresa no es yo,
tampoco el hombre en cuyo espejo
aún se refleja un niño.

No hay triunfo en el regreso:
el recuerdo es ese hilo residual
que se abre en las costuras.

LA ENFERMEDAD HABITA
nuestro pecho mullido,

no quiero desalentarte
pero es cierto como la sangre
y la víscera.

Tras el amor hay silencio,
vacío, vida: una normalidad
incómoda.

El perro lo sabe, pero calla;
arruga la frente y calla; sus ojos
miran y callan; su hocico
se posa y calla.

¿Qué hemos conseguido
que no deshaga la lluvia
del invierno, que no se pierda
en la niebla o el olvido?

¿Qué nos sobrevive?

Cualquier aliento batalla
en la incoherencia, pero afianzamos
raíces sin descanso,

y a pesar de cuanto
hagamos hoy

mañana vendrá un viento
que nos lleve.

Vendrá siempre un mañana
que nos lleve.

TÍMIDA, A LOS LABIOS
la sonrisa despliega su flor
de vergüenza.

Endurece su músculo atrofiado.

Sabe de exilio,
de años sin luz ni razones.

Su consistencia es frágil;
breve su tiempo:

amapolas en la fugacidad.

HABITAMOS EL SUEÑO.

Cubrimos el tiempo y el espacio
pero jamás volvemos.
Nuestra patria es el recuerdo,
nuestra odiada bandera.

He perfeccionado un oficio
en el olvido y me he esforzado,
pero la memoria es como la tierra
de los viejos cementerios:
con el tiempo aerea los despojos
y delata a sus huéspedes.

La memoria es mi guerra,
es mi fosa y es mi crimen.
Mi odiada bandera.

BUSCÁBAMOS LA PIEL
sin preguntas, con la voracidad a cuestas
como un fardo inconsciente.

Nuestro miedo era fértil
en la equivocación; había
un placer secreto en amarnos
con ansia de canibalismo,
un dolor primario y sacro,
cultivado con mimo,
mitificado y elevado
al panteón de lo sublime.
Nada más era útil.

Tras el festín, el cansancio,
una laxitud impropia
que corrió entre nosotros
como una rara morbidez.
Lo demás se perdió con el tiempo
y bajo el tiempo:
una cosecha arrojada
al estómago de las vacas,
convertida ya
en un pasto indigerible.

A PESAR DEL DETERIORO
sigo aquí, anudado a este pesebre
y a este pedazo de tierra.

Algo envejece en mí,
no hay por qué negarlo, y también
fuera de mí: en los edificios
y en las calles, en las aceras,
en los rostros cotidianos
y en los detalles mínimos,
sobre todo ahí,
en los poros y escamas
donde poso mis pupilas
como niñas cóncavas.

Tal vez sea cuestión de orgullo
o cerrazón por el cálculo
lo que me impide asistir al soplo
de la brisa, a las estaciones,
al olor de tus piernas de polen;
lo que me hace chocar cada día
y cada noche
contra ese muro infranqueable,
esa muralla altiva que se alza
en la quietud del horizonte.

Cadáveres prematuros
los que insistimos en el juego
y no cejamos, los de siempre,
los que a pesar de todo
y por encima de todo; esos somos,
los que seguimos aquí,
anudados a un pesebre
que se deshace en la tierra.

VALORO ALTERNATIVAS,
solo el blanco vacío
me redime de la duda
y otras indigestiones.

Qué decir sobre ese dios
que se columpia a mi espalda,
hueso fértil en la arena
de la alucinación.

Horas y horas vividas
Confeccionan
una eternidad que se me olvida,
más breve que el aleteo
de una llama, que la ancianidad
de las noches en vela
o la luz en los pasillos.

Eso fue la vida.
Eso tal vez.

Si me preguntan diré
que recuerdo una voz
y unos ojos de niño,
un remolino indómito
y acaso un cuerpo de avena;

un camposanto de nombres
florecidos entre el olor
de los incensarios
y el frío de las capillas;

una mujer inasible
con las cuencas de los ojos
labradas en el yeso;

la cálida entonación que envolvía
las invocaciones; quizá, también,

algunos ratos felices.

Lo que queda es la conciencia
de ese tránsito, una réplica incómoda
alojada en la memoria;

la libertad de no saber al fin
quién somos, el alivio de no reconocernos.

No existen referencias: el camino
discurre entre lo incierto, estrechándose
allá donde la vista alcanza.

Y en esa penumbra
es donde habremos de vivir,
sin tristeza ni esperanza
y reinventando a cada paso
la certeza.

DEBIERA PODER DECIR
que en la poesía he hallado
una raigambre,

esa seguridad espontánea
que envidio en las personas,
pero no puedo.

Y no quiero refugiarme
en la mentira: mi voz sabe de espinas
y sólo espinas hallan mis palabras
cuando emergen, dificultosas,
de este pozo en la memoria

abriéndose camino por fuerza
entre la maraña de nombres y lugares
a veces tan incómodos.

El pasado es un zapato estrecho,
esta es mi verdad

una verdad estéril
pero tan definitivamente real
como la soga que une el árbol
al cuello del ahorcado.

LO QUE QUIERO DECIR
y no digo,

lo que quiero callar
y no callo

establecen
la geografía del miedo
y la composición fisiológica
de la huida.

Ser de impulsos, a merced
de la deriva o de la brisa,
de la sangre, sobre todo,

eso soy

aunque a veces
me atrevo a calificarme
de hombre
y otras tantas incluso
me adjetivo.